esto le tenian por escrupuloso ó melancólico, á él no se le daba nada.

De allí adelante fué tan obediente á sus mayores, que afirma su ayo, que jamás hizo cosa por mínima que fuese contra su órden. Antes si alguna vez veia á su hermano Rodolfo quejarse de las reprensiones de su ayo ó maestro, el buen Luis con amor le exhortaba y animaba á obedecer. A sus criados mandaba con tanto respeto y modestia, que los dejaba confusos. No usaba jamás palabra de imperio: su modo de mandar era este: Podríais hacer tal cosa, si no os desplace: si no os molesta, quisiera que hicierais tal cosa. Estas y otras semejantes palabras les decia con tanto agrado y tales muestras de compasion, que les robaba los corazones. Era tan vergonzoso, que cuando á la mañana el camarero le daba de vestir, se ponia colorado y siempre estaba con los ojos bajos. Cuando le habia de calzar, apenas sacaba la punta del pié fuera de la cama: tanto sentia que le viesen descubierto. Oia Misa todos los dias, y las fiestas tambien Vísperas. No tenia en este tiempo noticia de oracion mental; sólo se ocupaba en la vocal, rezando cada dia mañana y tarde el Ejercicio cotidiano, y lo demás que dijimos, siempre de rodillas y con grande atencion. Y aunque por entonces no tenia resolucion firme de dejar el mundo, teníala de, si quedaba en él, hacer una vida la más santa y perfecta que le fuese posible. A esta madurez de costumbres y á este grado de perfeccion llegó Luis en tan tierna edad, á donde otros apenas llegan despues de muchos años de Religion.

CAPÍTULO IV. III.

Cómo San Luis fué llamado á Mantua, donde se resolvió de ser eclesiástico.

Habia ya estado Luis en Florencia más de dos años, cuando el Marqués su padre fué por gobernador de Monferrato por el Sermo. Sr. don Guillelmo, duque de Mantua. Quiso con esta ocasion el Marqués, que sus hijos Luis y Rodolfo viviesen á Mantua, para donde se partieron con licencia y beneplácito del Duque de Florencia, por el mes de noviembre de 1579,[17] siendo á la

sazon Luis de once años y ocho meses. Prosiguió en Mantua con los ejercicios y modo de vida que en Florencia habia comenzado, y añadió una resolucion de no menor importancia que la pasada, que fué de dejar á Rodolfo, su hermano menor, el marquesado de Castellon, del cual él como primogénito tenia ya la investiduró del Emperador. No le ayudó poco para esta resolucion una enfermedad que le sobrevino, si bien ya antes estaba resuelto de no casarse, como dijimos. La enfermedad fué, que comenzó á sentir dificultad de orina, y temiéndose que con el tiempo no fuese en aumento, se determinó con consejo de los médicos á procurar consumir á pura dieta los humores que se pensaba ocasionaban aquel achaque. Tomó tan á pechos este remedio, que fué harto no morir en la demanda; porque llegó á términos, que si en una comida llegaba á comer un huevo entero, que le sucedia raras veces, le parecia haber tenido un banquete muy espléndido.

Perseveró en este ayuno tan riguroso, no sólo aquel invierno en Mantua, sino el verano siguiente en Castellon, contra el parecer de los médicos y de todos los demás, no ya por la salud, como se pensaba, sino por devocion, como él mismo confesó en la religion al P. Jerónimo Plati. Que si bien al principio habia tomado aquella abstinencia tan rigurosa por cobrar salud; pero despues se fué aficionando poco á poco á aquel modo de vida, y hallaba ya gusto en el ayuno por la salud del alma. Pero cuanto le fué de provecho la abstinencia para el mal de orina, que al fin no le volvió más, tanto le hizo de daño para el estómago, el cual del demasiado ayuno vino á debilitársele de suerte, que despues cuando quiso comer, no abrazaba el manjar, ni mucho menos le podia retener; y así, aunque hasta entonces tiraba más á grueso y jugoso, despues quedó muy flaco y enjuto; y faltándole las fuerzas y el vigor que tenia, por ser de su natural muy bien complexionado, le sobrevino tanta flaqueza, que le gastó y consumió toda su buena complexion.

No dejó de sacar de este trabajo algun provecho para el alma, porque al fin le sirvió de capa para ahorrar muchas salidas, que hubiera de hacer si estuviera récio. Pero ahora rara vez salia de casa, y era á visitar alguna iglesia ó casa de religiosos, con quienes trataba de cosas espirituales; y tal vez iba á casa del Sr. Próspero Gonzaga, su tio,[18] donde en

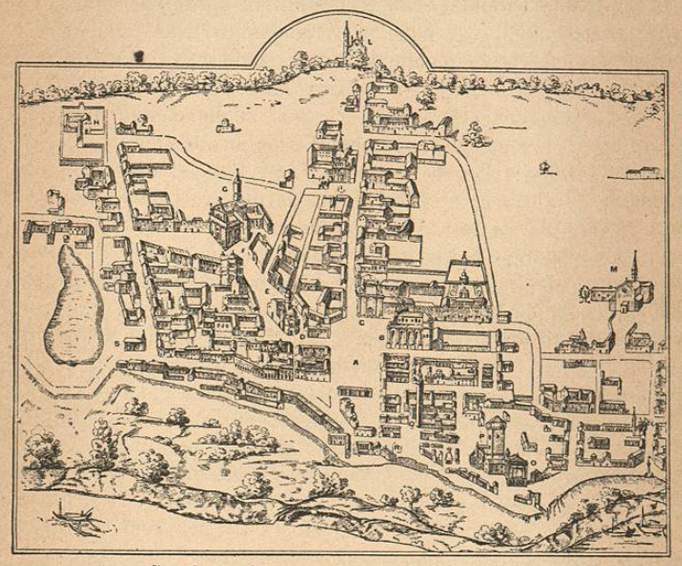
llegando se metia en la capilla á encomendarse á Dios: despues hablaba con su tio y los demás de casa pláticas de nuestro Señor con tan levantado espíritu, que dejaba atónitos los presentes, y le miraban ya desde entonces como á un Santo del cielo. El resto del tiempo se estaba solo y retirado en casa, á ratos leyendo vidas de Santos escritas por Surio, de que gustaba mucho; á ratos ocupándose en rezar el oficio, y en otros ejercicios espirituales, á los cuales se aficionó tanto, que dándole cada dia más en rostro las pláticas y ocupaciones exteriores. Y cobrando más amor á aquel modo de vida retirada, se resolvió últimamente á ceder el Estado á su hermano Rodolfo, y hacerse de la Iglesia; no por alcanzar dignidades eclesiásticas, porque éstas, por más que en diferentes ocasiones se las propusieron, siempre las rehusó constantemente, sino por poder solamente en aquel estado emplearse con más libertad y quietud en el servicio divino. Tomada esta resolucion, comenzó á instar al Marqués su padre, que le desocupase de obligaciones de corte, para poder atender con comodidad á los estudios, si bien no le declaró por entonces la resolucion que habia tomado de ser eclesiástico.

CAPÍTULO V. IV.

Vuelve á Castellon: recibe de Dios el don de la oracion mental, y comienza á frecuentar el santísimo Sacramento.

Pasado el invierno, suelen aquellos príncipes de ordinario cada año salirse de Mantua a diversos lugares suyos de recreacion, para pasar mejor el calor del verano; y por esto el Marqués escribió, que Luis y su hermano se fuesen á Castellon, para probar tambien si, con el aire de allí, que junto con ser natural, es de suyo muy saludable, le iba mejor á Luis que en Mantua.[19] Y no hay duda, sino que, como le hizo algun provecho por ser el puesto tan á propósito en un monte de bellísima vista, le hubiera reparado del todo, si él se ayudara y quisiera remitir algo de aquel rigor de vida que habia comenzado en Mantua: principalmente añadiéndose de nuevo el cuidado de la Marquesa su madre. Pero él cuidaba más de la salud del alma que de la del cuerpo, y no aflojó un punto de sus ejercicios

espirituales, antes los acrecentó, y ultra de la abstinencia que guardaba, se estaba de ordinario en un perpetuo retiramiento, huyendo toda suerte de conversacion, por atender con más libertad á sus devociones. Como Luis iba cada dia desasiéndose y despegándose del mundo para unirse más con Dios;



Casalmaggiore en tiempo de San Luis.

De un antiguo dibujo hecho á pluma, propiedad del municipio de Casalmaggiore.

A. Plaza.
B. Iglesia de la Cruz. Colegio de Bernabitas.
C. Iglesia de la Trinidad. Hospital de Huérfanos.
D. Oratorio de la Inmaculada Concepcion.
E. Iglesia de S. Juan Bautista.
F. Convento de Religiosas Clarisas.
G. Parroquia de S. Esteban.
H. Iglesia de S. Lorenzo, de PP. Capuchinos.
I. Iglesia de S. Francisco, de PP. Conventuales.
L. Iglesia de Nuestra Señora de PP. Servitas.
M. Casa Cural de S. Leonardo.
N. Hospital de Santa Maria del Popolo.
O. Iglesia de S. Roque.
P. Torre de la cárcel.
Q. Santa Lucia, Torre de la Casa Consistorial.
R. Hospital de S. Cristobal, de Huérfanas.
S. Iglesia de S. Sebastian.

(Véase el libro I, cap. 2, y la nota 8.)

aquel Señor, que tan bien sabe corresponder á los que fielmente le sirven, no tardó en mostrar lo mucho que le agradaba el devoto afecto con que aquel santo niño de doce años se le ofrecia y dedicaba.

No habia tenido Luis hasta entonces direccion ni práctica en materia de oracion mental; pero Dios nuestro Señor quiso ser inmediatamente su maestro. Porque, hallando esta alma tan pura y tan dispuesta, él le abrió el seno de sus divinos secretos, y le metió en lo más íntimo de sus tesoros; alumbróle el entendimiento con una luz celestial, con que le enseñó el modo de meditar y contemplar las grandezas y maravillas de Dios, mucho más altamente de lo que la industria y magisterio humano supiera hacer. Viendo Luis abierta tan liberalmente esta puerta, y aquel ancho campo que se le descubria para apacentar los afectos de su alma, no perdió tan buena ocasion: porque se estaba casi todo el dia meditando, unas veces los sagrados misterios de nuestra redencion; otras, las grandezas de los atributos divinos, con tan gran consuelo de su alma, que la dulzura y suavidad que sentia le hacian derramar continuamente rios de lágrimas en tanta abundancia, que no sólo bañaba el vestido, sino el suelo del aposento. Esto le obligaba á estarse la mayor parte del dia encerrado, por miedo de no perder aquella ternura, ó de que no le viesen llorar. No se podia con todo esto encubrir á sus criados, antes se ponian muchas veces á acecharle por los resquicios con no pequeña maravilla. Veíanlo estar á veces algunas horas postrado delante de un Crucifijo, los brazos ya abiertos, ya cruzados sobre el pecho, los ojos enclavados en el Cristo, llorando tan récio, que se oian afuera los sollozos y suspiros. Despues le veian muchas veces sosegarse y quedarse como en éxtasis inmoble, sin pestañear, como si fuera de piedra. Estaba en esta sazon tan abstracto, que aunque el ayo ú otros criados que me lo contaban, pasaban por el aposento y hacian ruido, él no lo echaba de ver, ni lo oia. Divulgábanse estas cosas por el lugar, y venian á veces algunos de fuera á acechar tambien, y volvian atónitos. Muchas veces le repararon, que al subir la escalera rezaba en cada escalon un Ave María. Cuando iba por casa ó por la calle en carroza ó á pié, siempre llevaba algo que rumiar de su meditacion.

No tuvo en esta materia de oracion otro maestro, sino la uncion del Espíritu Santo, como dijimos; y así, aunque sabia meditar, no sabia el órden que habia de guardar, ni la materia que habia de tomar. Para esto, trazó nuestro Señor que un dia se encontrase con un librito del Padre Pedro

Canisio de la Compañia de Jesus, en que se ponian por órden algunos puntos de meditacion.[20] Con la leccion de este libro quedó, no sólo confirmado en su santo ejercicio, sino instruido del modo que habia de guardar y del tiempo, si bien él no tenia tiempo determinado, sino segun tenia la comodidad, y segun que el fervor le llevaba, unas veces más, otras menos, pero siempre sacando nueva luz en el entendimiento y nueva mocion en el afecto. Este mismo libro y las Cartas tambien de las Indias[21] le aficionaron, como él decia, mucho á la Compañia. El libro, porque le agradó grandemente el buen método, y mucho más el espíritu con que estaba escrito, y le parecia que era muy conforme á su modo. Las Cartas, porque por ellas entendió lo que Dios obraba en Indias, por medio de los Padres, en la conversion de los gentiles; y veníale deseo de gastar él su vida en tales ocupaciones, por la salud de las almas, que tanto costaron á Dios, y aun en aquella edad hacia lo que podia por ayudarlas. Con este fin, se iba todas las fiestas á las escuelas de la doctrina cristiana, y se animaba á enseñar á los otros niños las cosas de la fe, y el modo de bien vivir. Hacíalo con tanta modestia y humildad, sin desdeñarse de hacer aquel oficio con sus vasallos y con los pobrecitos, y con cada uno de por sí con tanto afecto, que todos cuantos le veian, alababan á nuestro Señor. Si sabia que hubiese alguna discordia entre los criados de casa, procuraba luégo componerlos. Si oia á alguno blasfemar ú otra palabra descompuesta, reprendíale. Si sabia que habia en el lugar alguno de mala vida, avisábale con blandura, y procuraba su enmienda, porque no podia sufrir que fuese Dios ofendido. Sus pláticas eran siempre de cosas de Dios; y hablaba con tanto ser y autoridad, que yendo por este tiempo con la Marquesa su madre á Tortona á visitar á la Duquesa de Lorena,[22] que pasaba por allí con su hija la Duquesa de Brunswich, oyéndole hablar los que acompañaban aquella señora, quedaban atónitos, y decian que, si le oyeran y no le vieran, pensaran que era un viejo muy prudente el que tan altamente hablaba de Dios.

Corria ya por este tiempo el año de 1580, en el cual el cardenal san Cárlos Borromeo, arzobispo de Milan, habiéndole hecho la Santidad de Gregorio XIII visitador apostólico de los obispados de su provincia, estaba actualmente visitando

la diócesis de Brescia, y llegó á Castellon por el mes de julio con solas siete personas, que no queria traer más casa por no hacer costa á los eclesiásticos que visitaba. Entre otras cosas apostólicas que allí hizo, quiso predicar al pueblo de pontifical el dia de la Magdalena, á 22 de julio. Hizo un sermon muy provechoso en la iglesia de San Nazario y Celso, que es la principal de aquel lugar, y por mucho que se lo rogaron aquellos señores que se sirviese de ir á su palacio, no se pudo acabar con él que admitiese el hospedaje, y así se estuvo en casa del archipreste, que era junto á la iglesia. Allí le visitó nuestro Luis, que entonces era de doce años y cuatro meses. Notablemente se alegró el santo Prelado de ver aquel angelito tan regalado de Dios, y así se estuvieron á solas en pláticas espirituales tan largo tiempo, que no acababan de espantarse los que estaban aguardando afuera. Consolábase grandemente el buen Cardenal de ver aquella tierna planta en medio de las espinas del mundo y de la corte, sin industria de hortelano, con solas las influencias del cielo tan crecida, tan fuerte, tan hermosa, y que habia llegado á tal alteza de perfeccion. Por otra parte, el santo niño se alegraba de haber hallado persona tal á quien podia con confianza descubrir su pecho, y preguntar las dudas que tenia en la via espiritual. Y como siempre habia oido hablar del cardenal como de un santo, tomaba sus palabras y avisos que le daba para proseguir en lo comenzado, como si se las dijera el mismo Dios. Preguntóle el bienaventurado san Cárlos si comulgaba. Y diciéndole que no, el Cardenal, que ya habia descubierto bien la pureza de su alma, la madurez del juicio y la mucha luz que Dios le daba de las cosas del cielo, no sólo le dijo que comulgase, pero le exhortó á que lo hiciese muy á menudo;[28] dándole de palabra una breve instruccion de cómo se habia de aparejar para llegar á aquella fuente de gracia. Aconsejóle tambien que leyese el libro llamado Catecismo romano, impreso por órden de san Pio V en cumplimiento de lo que se ordenó en el Concilio de Trento; del cual libro por la elegancia de su estilo el santo Cardenal tenia tanta estima, que era de parecer que se leyese en las escuelas en lugar de Ciceron y de los otros autores profanos, para que junto con la elegancia de la lengua se les embebiese á los mozos la piedad y religion; y de hecho lo introdujo en su seminario de Milan, aunque despues, viendo por la

experiencia que no salia tan bien, mudó de parecer é hizo volver á leer los autores antiguos. Al fin de largas pláticas, despidió á Luis echándole mil bendiciones, con muestras de particular afecto. No se olvidó el santo mancebo de los consejos de san Cárlos, y así desde entonces se dió á leer el Catecismo con grande gusto, porque hallaba en él doctrina santa y documentos cristianos, y tambien por habérselo encargado tan santo varon, á quien veneraba con tanto fundamento. Y no sólo él lo leia, pero daba á otros el mismo consejo, alegando la autoridad de aquel Santo, que á él se lo habia dado. Comenzó tambien á comulgar, y no se puede creer el aparejo que tomó para recibir dignamente tan soberano Huésped. Lo primero, hizo con extraordinaria diligencia y exaccion exámen de toda su vida, á ver si hallaba algo que pudiese ofender los ojos de aquel Señor que habia de recibir. Despues se confesó con tanto sentimiento, dolor y lágrimas, que el confesor mismo tenia bien qué aprender, viendo principalmente que sus pecados no tanto eran de comision, cuanto de omision, por parecerle que no correspondia con las obras á la luz que Dios le daba, y á los deseos de mayor perfeccion. Además de esto, todos aquellos dias precedentes á la comunion, todo cuanto pensaba y hablaba era de este soberano Sacramento. De esto leia, de esto meditaba, á esto enderezaba sus oraciones, que eran tan frecuentes, que solian decir los de su casa, que parecia que tenia que hablar con las paredes, pues tantas veces le hallaban de rodillas en todos los rincones de casa. Cuáles hayan sido los actos interiores, cuáles los afectos amorosos que pasaron en su alma, la primera vez y las otras que llegó á aquella mesa, sábelo aquel Señor que vió su corazon, porque yo no he hallado quién me lo sepa decir. Sólo hallo en los procesos, que al tiempo de comulgar estaba atentísimo, recibia grandes consuelos, y se echaba bien de ver por la devocion exterior, y que despues se quedaba de rodillas á vista de todos por muy largo tiempo en la iglesia, y así desde ahí adelante comulgaba muy á menudo. Otra cosa añade la Marquesa su madre, digna de consideracion, y otros la repararon tambien en diferentes ocasiones, y es, que desde allí adelante le quedó una tan gran devocion al santísimo Sacramento, que todos los dias cuando oia misa, en cosagrando el sacerdote comenzaba él á llorar con tanta abundancia, que

corrian las lágrimas hasta el suelo; y este efecto le duró toda la vida, pero con mucha más fuerza los dias de fiesta cuando comulgaba.

CAPÍTULO VI. V.

Cómo fué á Monferrato, y en el camino estuvo en un gran peligro de la vida, y se resolvió de ser religioso.

Estándose el marqués D. Fernando en Casal de Monferrato, que es el lugar donde residen de ordinario los gobernadores, le avisaron de Castellon cómo Luis, si bien estaba libre ya de aquel achaque, pero por la abstinencia tan rigurosa que usaba, estaba tan flaco y tenia el estómago tan gastado, que apenas podia comer y mucho menos digerir lo que comia, en lo cual no habia mejoría ninguna porque él no se ayudaba. El Marqués, á quien daba no poco cuidado la vida y la salud de este hijo, pensando que seria más fácil el remedio teniéndole á vista, ó á lo menos se atajaria el mal para adelante, ordenó que viniese Luis en compañía de la Marquesa su madre y su hermano Rodolfo, á donde él estaba. Partieron al fin del verano de aquel año de 1580 de Castellon la vuelta de Monferrato.

En este camino corrió gran peligro la vida de Luis. Fué el caso, que al pasar á vado un brazo del rio Tesino, que por aquel camino se pasa, y á la sazon venia crecido con las muchas lluvias, la carroza en que iban Luis y Rodolfo con su ayo se quebró en medio del rio, y se partió en dos piezas. La parte delantera, en que quedó Rodolfo estaba atada á los caballos, y así pudieron tirar de ella no sin gran trabajo y peligro, hasta sacarla á la ribera donde ya las otras carrozas habian pasado. La otra mitad, en que estaba Luis con su ayo, quedó en evidente peligro; porque luégo la arrebató la corriente, y la llevó con furia grande trecho; y si se volcaba á cualquier parte, por lo menos Luis no podia escapar. Pero la providencia de Dios, que con especial cuidado le guardaba, trazó que aquel pedazo de carroza topase en el tronco de un árbol, que la corriente habia traido al medio del rio, y allí se detuviese, mientras los que estaban en la ribera pudieron llamar un hombre práctico en aquellos pasos, el cual en un

caballo entró por el rio, y asiendo de Luis lo sacó en las ancas á la ribera, y despues volvió tambien por el ayo. Todos los que allí iban se fueron luégo á una iglesia cercana á dar gracias á Dios por haberles librado de tan gran peligro. Corrió en el ínterin la voz de que eran ahogados. La Marquesa, que iba delante en la primera carroza, oyendo esta nueva, volvió atrás con la pena que se puede pensar. Pasó la nueva más adelante hasta llegar á Casal á los oidos del Marqués, el cual despachó luégo un propio para certificarse, sin poder reposar en el ínterin; pero consolóse presto con la buena llegada de su mujer é hijos.

Villa Fontanella, de D. Santiago del Turco, en Fiésole, en la cual estuvo repetidas veces S. Luis. (Véase el libro I, cap. 3, y la nota 10.)

Estuvo Luis en Casal de Monferrato más de medio año: allí á más de perfeccionarse en la latinidad, de que tenia ya bastantes principios, se adelantó mucho en su espíritu, ayudándose mucho de la buena comunicacion con los Padres Bernabitas, así llamados por haber tenido orígen su Religion en la iglesia de San Bernabé de Milan. Trataba con ellos muy de ordinario; confesaba y comulgaba en su iglesia, y por este camino granjeó en breve mucha mayor luz para andar adelante en el servicio de Dios. Como él se disponia tambien de su parte para recibir nuevos dones del cielo, Dios correspondia de la suya, dándole cada dia más luz, más inspiraciones y deseos de mayor perfeccion, y despegándole más y más de las